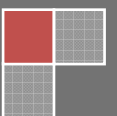


2009

El lugar de los afectos en el contexto de la narrativa psicoanalítica

SAP - Sociedad Argentina de psicoanálisis

Domingo Boari
CPSEA
08/09/2009



I. Introducción: el enfoque hermenéutico-narrativo y la escuela narrativista¹

Posturas contrastantes en el psicoanálisis

Hay quienes piensan —al valorar la materia, los hechos, los órganos de los sentidos, la percepción y la memoria— que el psicoanálisis, en tanto búsqueda de la verdad, procura ir desde los falsos enlaces, los errores, los autoengaños, etc., originados por las diversas formas de defensa, hasta los acontecimientos históricos reales, los traumas, los sentimientos originales. Los que se ubican en esta postura epistemológica toman en cuenta el esquema metapsicológico y el modelo energético de las tópicas, los dinamismos y las cantidades y se empeñan en demostrar que el psicoanálisis es una *ciencia científico-natural* que apunta al descubrimiento de *verdades materiales*.

Hay otros, en cambio, — instalados en la orilla opuesta— que valoran la subjetividad y los significados, los contextos con sus implicancias y las interpretaciones que nunca son definitivas. Los psicoanalistas que se ubican en esta postura epistemológica renuncian a la búsqueda de una verdad última y toman en cuenta una hermenéutica continua que admite sucesivas resignificaciones de *verdades histórico-vivenciales* plenas de significatividad. Aquí cobra relevancia el concepto de verosimilitud como algo más accesible que llegar al conocimiento de “la verdad”. En el extremo de esta postura se ubican aquellos para quienes la imposibilidad de conocer el pasado es absoluta; según ellos sólo es posible construir *verdades narrativas* y llegaron a ser llamados narrativistas puros o radicales (Rodríguez González, 2000).

Por supuesto que entre ambas orillas —más cerca de una u otra— navega la gran mayoría de los analistas. Paul Ricoeur —un pensador externo a nuestra disciplina, gran propulsor de la hermenéutica— ubica al psicoanálisis como una *energética* y al mismo tiempo como una *hermenéutica*. Para él *conviven perfectamente en el discurso analítico los universos de la fuerza y del sentido* (Ricoeur, 1965; Rodríguez González, 2000).

En el mundo cultural actual el concepto de narrativa es más amplio que el que figura en el diccionario —“género literario constituido por la novela, la novela corta y el cuento” o “acción y efecto de narrar” (RAE, 2001)—. Sucede que en el siglo pasado, las llamadas disciplinas humanísticas se fueron interesando más y más por diferentes aspectos de las narraciones, los relatos, las historias. Distintos autores se ocuparon entonces de las *estructuras* de los cuentos, de las *interpretaciones* de las historias, del lenguaje —o sea, de la “*materia*” de la que está hecha la narración—, de la *función* estructuradora que se observa en la posibilidad de narrar historias, y de otros temas vinculados con éstos.

La confluencia de intereses alrededor de la narrativa hizo surgir lo que llegó a llamarse el *paradigma narrativista* (Rodríguez González, 2000). Este movimiento cultural en parte coincide y se superpone con el llamado *giro lingüístico*, cambio que consistió en que lenguaje, más que la razón, fuera el centro de interés de los pensadores.

¹ Esta introducción se inserta en el contexto del ciclo sobre *la narrativa en psicoanálisis* que se está realizando en SAP en 2009. Hasta el momento se han llevado a cabo tres presentaciones. Después de un debate inicial, a partir de una introducción del Dr. E. Issaharoff, (12/5/09), la Dra. Adela Duarte presentó (9/6/09) una síntesis de dos trabajos anteriores (Leibovich de Duarte, 1998 y 1999) y el Dr. Aldo Melillo presentó (23/6/09) el trabajo “Psicoanálisis y autopoiesis” (Melillo, 2000). El contraste entre el enfoque hermenéutico-narrativo y la escuela narrativista que planteo en la primera parte debe comprenderse en el contexto de las presentaciones citadas.

La narrativa en el ámbito del psicoanálisis

El psicoanálisis no permaneció ajeno a este movimiento y, por un lado, comenzó a cobrar prominencia un *enfoque narrativo o hermenéutico-narrativo*, presente desde los orígenes mismos, ya que la revisión, reconstrucción o resignificación de la historia infantil del paciente fueron, a la vez, *el método y la meta* en la tarea analítica.

Por otro, surgió la *escuela narrativista*, representada por un grupo bastante bien definido de autores que desarrollaron y aplicaron exclusivamente el enfoque hermenéutico-narrativo, con manifiesto rechazo de otros enfoques, como el llamado energético, el metapsicológico, el arqueológico, etc., etc.²

Uno de esos autores, D. Spence, postuló el concepto de *verdad narrativa*. A su criterio, cuando se trata de la verdad narrativa no importa la correspondencia con hechos; importan básicamente la continuidad, el cierre de la historia y cómo encajan las distintas piezas entre sí, apuntando además a un sentido estético (Spence, 1982, pág. 31; Rodríguez González, 2000, pág. 140).

Evaluar el concepto de *verdad narrativa* exige contrastarlo con los conocidos conceptos de *verdad material* y de *verdad histórico-vivencial*.

A mi entender estos dos conceptos son una aplicación clínica de aquellos otros, fundantes, de *realidad material* y *realidad psíquica* (1900a, pág. 607).

Para Freud, acorde en alguna medida con el aserto aristotélico, *la verdad exige una correspondencia con algo*. En el caso de la *verdad material*, lo dicho debe corresponderse con hechos efectivamente ocurridos y verificables de alguna manera. En el caso de la *verdad histórico-vivencial*, el relato debe corresponder con una vivencia intensa, significativa, determinante. El concepto de verdad narrativa, en cambio, *no exige una correspondencia con nada*: ni con hechos ni con vivencias del pasado, ya que unos y otras son inverificables. La verdad narrativa sólo requiere coherencia interna, verosimilitud y belleza. Las implicancias de este concepto han dado lugar a polémicas epistemológicas y clínicas

En palabras de Leibovich de Duarte (1999, pág. 94), en el abordaje terapéutico propuesto por los narrativistas, el supuesto implícito es que la eficacia terapéutica reside en la verosimilitud y persuasividad de las narrativas co-construidas por paciente y analista y “en este proceso la interpretación es considerada tanto como acto de descubrimiento cuanto como acto de creación”. A este respecto, Acevedo de Mendilaharsu (1999), con un tono más crítico, afirma que “el analista sería más un esteta y un poeta que un científico historicista”.

Las críticas al narrativismo radical no deben llevarnos, sin embargo, a la postura opuesta y provocar que tiremos el bebé junto con el agua sucia de la bañera. El enfoque hermenéutico-narrativo forma parte, en mayor o menor medida, de casi todas las escuelas psicoanalíticas ya que, como vimos, la búsqueda de significados rechazados de la conciencia exige la revisión de la historia personal. El gusto por las historias parece ser connatural con el psicoanálisis.

² Esta Escuela surgió, en el ámbito del psicoanálisis neoyorquino, en la década del setenta, a partir de los trabajos de George Klein, de S. Viderman y de algunos escritos de Paul Ricoeur. Esta corriente está representada básicamente por M. Sherwood, R. Schafer, D. Spence, entre otros.

II. Apuntes para una narrativa psicoanalítica vivencial

“El tiempo es la sustancia de que estoy hecho”.

Jorge Luis Borges.³

Ricoeur y su concepto de identidad narrativa⁴

Ricoeur, como dijimos, fue uno de los que supo observar, recortar y promover el desarrollo de la perspectiva hermenéutica presente a lo largo de la obra de Freud. Unos años más tarde, a través de lo que llamó “la hermenéutica del sí mismo”, propuso el concepto de *identidad narrativa*.

Para Ricoeur, la comprensión de sí exige un rodeo. No puede ser directa, ya que necesariamente está mediatizada por signos, símbolos y textos, y depende entonces de la interpretación que se le dé a estos términos mediadores; de ahí la denominación de “hermenéutica del sí”, hermenéutica que implica un rodeo a través del lenguaje, o mejor, un *rodeo narrativo*.

También en este tema de la identidad, como en otros de su filosofía, Ricoeur procura reconciliar adversarios acérrimos y se ubica abiertamente a mitad de camino entre dos posturas contrastantes. En este caso, procuró disolver el falso dilema que surge de la oposición entre las concepciones de Descartes y Nietzsche acerca del sujeto, ya que para uno, el sujeto y su *cogito* son “ensalzados” como fundamentos de la unidad, y para otro, el sujeto es “humillado” a causa de su contingencia y dispersión.

En la misma línea, la solución dada al problema de la identidad se va a ubicar también a mitad de camino entre el sustancialismo de Aristóteles donde no cabe la diversidad de las experiencias y el fenomenismo de Hume, donde se desdibuja la unidad del sujeto.

La cuestión es: ¿cómo superamos la contradicción que surge de experimentar que cambiamos constantemente y sentir que seguimos siendo los mismos?

Según Ricoeur, la dificultad para unir la vivencia de permanencia con la evidencia del cambio surge de *la dificultad de pensar el tiempo*, porque tenemos una doble experiencia del tiempo. Por un lado, el tiempo “cósmico”, un tiempo de instantes iguales que *pasan* sin solución de continuidad, con un presente inasible, de momentos sucesivos. Por otro, el tiempo “fenoménico”, el tiempo vivido como un presente que *permanece*; un presente que *dura* y condensa en sí el pasado y el futuro. Quedamos atrapados entre la vivencia irrenunciable de un *tiempo vivido* que unifica nuestra vida entre el nacimiento y la muerte, y la percepción del *tiempo cósmico* donde los instantes se desvanecen y se suceden sin fin en una fragmentación inasible.

Para Ricoeur, el hombre logra escapar a ese “salto” entre el tiempo físico y el tiempo vivido *a través del lenguaje*, inscribiendo esa experiencia viva e íntima del tiempo en el tiempo físico. Mediante esa inscripción se constituye un nuevo tiempo, un *tercer tiempo*, un *tiempo humano*.

³ “Otras inquisiciones” (1952).

⁴ Para la síntesis que realizo en este apartado me basé en los siguientes textos: Paul Ricoeur (1996); Eduardo Casarotti (1999); Elena Nájera (2006) y Jimena Néspolo (2007).

Este nuevo concepto de tiempo, construido social y culturalmente, se sostiene en el lenguaje y se plasma en el tiempo del almanaque, como una mediación viva entre el tiempo cósmico y el tiempo vivido. Tendríamos entonces:

- El *tiempo cósmico*, la sucesión lineal de instantes.
- El *tiempo vivido*, subjetivo y personal, sin anclajes ni referencias objetivas.
- El *tiempo humano* que, a través del lenguaje institucionalizado, permite acoplar nuestra experiencia —personal, subjetiva, intransferible— al tiempo de los otros y al tiempo del mundo en que vivimos.

En otras palabras, el almanaque se constituye en una institución que socializa el tiempo de nuestras experiencias íntimas, dándole una posición dentro de una línea imaginaria segmentada en horas, días, meses, años.

Sobre esta base, Ricoeur sostiene que son el lenguaje y la narración —sobre todo la narración— los que permiten pensar la vivencia de la permanencia en el tiempo, vivencia que caracteriza la identidad personal. Así, la propia vida aprehendida en forma de relato proporciona unidad al conjunto y constituye la *identidad narrativa*.

De acuerdo con la teoría narrativa de Ricoeur, la narración permite no perder la continuidad de la propia vida —a pesar de las *discontinuidades* y los cambios de dirección— gracias al papel integrador de la *intriga* o *trama* de la historia.

¿Qué es la trama o intriga? La trama es aquello que, con los múltiples sucesos, construye una historia. Justamente la narración elabora un cuento, *story* o mito; es decir, *transforma* la sucesión de hechos y acontecimientos en una historia inteligible. Por eso se puede *seguir* una historia.

Cuando de la identidad se trata, la intriga o trama configura una *unidad de sentido* en la diversidad de nuestras vivencias, y esta continuidad de sentido constituye la identidad narrativa.

En la concepción de Ricoeur, el agente actúa en el mundo pero el sentido de su acción sólo le es accesible a través de la “lectura” de su historia. Cuando el sujeto narra su hacer, el sujeto de la acción aparece como el lector y el escritor de su propia vida. O sea, en el mismo acto que se comprende a sí mismo, mediante la narración, se construye. De ese modo, la mediación narrativa impide que el sujeto se disperse en una sucesión incoherente de hechos y hace posible que reescriba nuevas tramas para su existencia.⁵

⁵ Esta síntesis de las ideas de Ricoeur podría generar cuestionamientos a los que me quiero anticipar. Podría decirse que alcanzar la identidad narrativa que propone Ricoeur es un privilegio para pocos: aquellos que tienen la opción de aspirar a un desarrollo semejante. Además la teoría de Ricoeur parece prestarse para trabajar la adquisición de la identidad de una manera intelectual, racionalista, distante de la evolución emocional. Cabría argüir, frente a esta segunda crítica, que el psicoanálisis todo puede desviarse hacia las intelectualizaciones vacías o hacia las meras catarsis emocionales sin elaboración. A modo de respuesta al primer cuestionamiento, en cambio, prefiero contar que en 2005, cuando la escritora Solange Camauër nos visitó en CPSEA, relató que al producirse la gran crisis de 2001 comenzó a trabajar con un grupo de personas sin techo de la Avenida 9 de Julio. Se trataba de personas que habían perdido recientemente su vivienda, y el trabajo que ella estaba realizando se basaba en las ideas de Ricoeur. Ella quería ayudar a estas personas a narrar su propia historia como forma de fortalecer la identidad lastimada por la realidad traumática. Una de esas personas de la calle quedó incluida como personaje en su novela *Amores velados* (2004). Por otra parte, la misma autora, en su conmovedora novela *El hijo* (2005), utiliza, sin nombrarla, la teoría de Ricoeur como trasfondo del drama de un niño cuya madre se suicidó cuando él tenía nueve años.

Freud: el hombre como historia

No es este el momento para hacer un estudio prolijo con el fin de demostrar hasta qué punto para Freud el hombre es historia. Repasemos sólo a trazos gruesos algunos argumentos.

Cuando Freud imagina la hipotética constitución de un aparato psíquico, la memoria, registro de lo pasado, siempre ocupa un lugar central.

En lo que podríamos llamar su tópica primordial —la tópica neurológica del *Proyecto...* (Freud, 1950a [1895])—, el núcleo del aparato psíquico está constituido por las neuronas no pasaderas, a las que llama células de memoria, para designar las cuales Freud elige la letra griega ψ (psi, de psíquico). Los otros sistemas son Φ , de percepción, y ω , de conciencia. Son las neuronas ψ , capaces de retener $Q\eta$, las que van a constituir la esencia del “aparato psíquico”. En este temprano texto fija también la importancia de la *experiencia* de satisfacción y la *experiencia* de dolor como estructurantes del sistema.

Unos años después, cuando transforma este modelo neurológico en un modelo psicológico, las ideas son las mismas. En el llamado esquema del peine, en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900a), la investidura tiene un recorrido que va desde el polo perceptual hasta el polo motor, atravesando una serie de sistemas de memorias esquematizadas como huellas mnémicas (Mn , Mn' , Mn''). Allí, como antes en el *Proyecto...*, los conceptos fundantes de *identidad de percepción* e *identidad de pensamiento* se van a concebir por contraste con experiencias anteriores.

En este contexto es posible ver hasta qué punto es importante para Freud el registro de lo acontecido, porque aun cuando se trata del deseo — el cual, según el sentido común, apunta al futuro—, lo define como la recarga de la huella mnémica de la vivencia de satisfacción; es decir, nos remite, una vez más, a una experiencia ya vivida.

Si lo dijéramos en términos menos esquemáticos, menos metapsicológicos, caeríamos en la cuenta de que *el aparato psíquico es una red, una urdimbre de historias entretnejidas que influyen, por atracción o por rechazo, sobre nuestros pensamientos, acciones y sentimientos*.

Por otra parte, al tomar otra rama de los aportes freudianos, la de la antropología psicoanalítica de *Tótem y Tabú* (Freud 1912-13), nos encontramos otra vez con un Freud para quien ya no la historia individual sino la historia filogenética constituye la impronta nuclear de todo el proceso de hominización y desarrollo de la cultura. Somos hijos de aquellos que constituyeron la primera prohibición y el primer símbolo; somos descendientes de aquellos que después de la matanza del padre instauraron la prohibición del incesto y el tótem. Una historia indeleble que, según Freud, se la puede conocer estudiando al hombre primitivo pero también hurgando en el alma del niño y del neurótico.

Si alguna duda queda de que para Freud el hombre es historia, vayamos a su concepción del ello. Una sola cita nos va a sacar de la duda:

“Las vivencias del yo parecen al comienzo perderse para la herencia, pero, si se repiten con la suficiente frecuencia e intensidad en muchos individuos que se siguen unos a otros generacionalmente, se trasponen, por así decir, en vivencias del ello, cuyas impresiones {improntas} son conservadas por herencia. De este modo, el ello hereditario alberga en su interior los restos de innumerables existencias-yo, y cuando el yo extrae del ello su superyó, quizá no haga sino sacar de nuevo a la luz figuras, plasmaciones yoicas más antiguas, procurarles una resurrección” (Freud, 1923b, págs. 39-40).

Bateson: *el hombre como historia*

Por los mismos años en que Ricoeur trazaba el concepto de *identidad narrativa*, Bateson desarrollaba, en otro ámbito cultural y desde otro campo de investigación, ideas que en parte se ensamblan con las de Ricoeur y las complementan.

También para él, la naturaleza humana, la historia y el tiempo son conceptos que se pertenecen. Según Bateson (1979, pág. 12), pensar es pensar en términos de historias y para explicarlo, casi a la manera de un metálogo —como le gusta a él—, cuenta una historia:

“Un hombre quería saber algo acerca del espíritu [*mind*], averiguándolo no en la naturaleza, sino en su gran computadora privada. Preguntó a esta (...). ‘¿Calculas que alguna vez pensarás como un ser humano?’ La máquina se puso entonces a trabajar para analizar sus propios hábitos de computación. Por último, imprimió su respuesta en un trozo de papel, como suelen hacer las máquinas. El hombre corrió hacia la respuesta y halló, nítidamente impresas, estas palabras: ESTO ME RECUERDA UNA HISTORIA”.

Estas afirmaciones batesonianas traen, en el fondo, en un contexto más literario que metapsicológico, los mismos conceptos que Freud había establecido en los tiempos de febriles y fecundos descubrimientos en los que escribía el *Proyecto...* Me refiero al concepto de *identidad del pensamiento*, donde, como vimos, Freud nos muestra cómo necesitamos comparar todo lo nuevo con lo anterior.

En el modelo escueto y descarnado que imaginó Freud, la comparación se reducía a un objeto percibido con un objeto recordado. Pero en realidad, no recordamos objetos, recordamos nuestra relación con el objeto, o sea, una historia. Por eso Bateson afirma que *pensamos* en términos de historias. Queda claro, diría yo, que *si pensamos en términos de historias es porque vivimos en términos de historias*.

Bateson va más allá todavía. No sólo pensamos (o vivimos) en términos de historias. Como Próspero, el personaje de Shakespeare, Bateson piensa que *estamos hechos* de la sustancia de los sueños, o mejor, *de la sustancia de las historias*, como prefiere decir.

Cuando voy a un analista no voy meramente con una provisión de historias —dice—, sino que voy con una serie de historias insertas en mi propio ser: las pautas y secuencias de mis experiencias infantiles están insertas en mí.

Como lo ponen de manifiesto sus libros —sobre todo *Espíritu y Naturaleza* (1979) y *El temor de los ángeles* (Bateson y Bateson, 1987)—, para Bateson, la historia, el pensar en términos de historia, es una propiedad general de la mente al punto que para él las conductas son “historias proyectadas en la ‘acción’”. Y en el otro extremo del arco, las secuencias propias de los procesos embriológicos, por ejemplo, son historias interiores: son procesos que se cumplen sobre la base de contextos que permiten diferenciar relevancias (1979, págs. 11-12)

En síntesis: en poquísimas páginas hemos tocado conceptos fundamentales de autores muy complejos como Ricoeur, Freud y Bateson. En Ricoeur hemos descrito un proceso, sin duda consciente-preconsciente, a cargo del yo, a través del cual es posible acceder a un elevado desarrollo humano y alcanzar lo que él llama una identidad narrativa, identidad que nos eleva por encima de nuestra base biológica. En las ideas de Freud, encontramos que la tarea del yo consciente-preconsciente que describimos se sustenta en esa historia de historias que es el ello. En consecuencia, nuestra naturaleza es histórica aun antes de que nosotros mismos lo sepamos. Más todavía, con Bateson comprobamos que, por así decir, *somos historia desde la*

cabeza hasta los pies: somos historia porque *pensamos* en términos de historia, pero lo somos, además, porque *nuestra base*, nuestra naturaleza misma —lo que en Ricoeur llamamos nuestra base biológica—, es un cúmulo de historias filogenéticas.

Repasemos lo que hemos dicho con otras palabras, de un modo más vivencial. Decir que el hombre es historia puede llegar a sonar como una fórmula vacía, pero sucede que *si yo perdiera toda la memoria, si me desconectara de mis recuerdos y mi pasado entero; si perdiera los deseos, si me desconectara de mis proyectos y de mi futuro; parado en el instante presente, ¿qué sería?, ¿quién sería?*

Por eso, porque me proyecto en el tiempo, porque el presente en que vivo condensa en su ínfima dimensión la totalidad de mi pasado y de mi futuro, en tanto humano, soy una historia.

Si la historia es la sustancia que me constituye, todo aquello en mí que no es historia no es mi sustancia: es un mero accidente y puede ser cambiado sin que mi esencia se modifique. Pero si algo de mi historia cambia, soy yo el que cambia. Así, consciente de ello o no, mientras escribo mi historia, autopoyético, me construyo.

¿Qué es entonces una historia?

Profundicemos un poco: considerando la unidad, la continuidad que se alcanza mediante la identidad narrativa, una vida es una historia. Y según la teoría narrativa de Ricoeur, la trama o intriga es la fuerza integradora que le otorga unidad a una historia.

Veamos ahora, en un análisis más microscópico, otro concepto de historia —en realidad tal vez el mismo—. Partamos desde el comienzo: ¿qué es una historia?; o más modestamente, ¿qué podemos decir acerca de las historias?

El diccionario (RAE, 2001) define: “narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados”. Es decir, la mera narración ordenada no es una historia... Tal vez ni siquiera sea una crónica. Hasta el diccionario nos dice que no se trata de una simple narración, sino de una *narración... de lo digno de memoria*.

Para Bateson, “una historia es un pequeño nudo o complejo de esa especie de conectividad que llamamos relevancia”. Es decir que toda historia implica la presencia de nudos, de relevancias. A su vez, ¡las relevancias conectan!

Si no fuera por las diferencias de las importancias, si todo importara o significara por igual, todo sería una tersa lisura, todo sería igualmente significativo o, lo que es lo mismo, igualmente insignificante. No sería una narración... de lo *digno de memoria*.

En otras palabras, creo que al hablar de nudo de significación, Bateson, está describiendo lo que Ricoeur llamó intriga. A mi entender, *los nudos de significación que llamamos relevancia son diferencias de las importancias, modulaciones de la significatividad*. Curiosamente, la palabra intriga proviene del latín *intricare*, que quiere decir enredar, embrollar, poner trabas (Gómez de Silva, 1985). A su vez, “trama” significa tanto el conjunto de hilos con los que se teje una urdimbre para formar una tela, como los acontecimientos principales en el enredo de una novela.

Nudos, trama, intriga... Creo que *los nudos de diferentes importancias resultan intrigantes* porque cuando nos encontramos con ellos cabe la opción de resolverlos de distintos modos... con consecuencias tan diversas como la felicidad o el infortunio, la vida y la muerte.

Los afectos como alfa y omega de las historias

Si bien la palabra historia se liga a la palabra intriga, también, indefectiblemente, se adhiere a la palabra tiempo. Hablar de historia conlleva —parece— el transcurso de un tiempo. No tanto como desplazamiento a lo largo de la línea del tiempo, sino porque se va de un *tiempo* a otro, del tiempo de reír al tiempo de llorar, por ejemplo. Es decir, se va de un significado a otro o, para seguir en los términos que veníamos utilizando, de una importancia a otra, de una relevancia a otra.

Aparentemente no siempre es así: están también aquellas historias circulares —podría decir alguien—, que comienzan donde terminan, o que pueden ser recorridas comenzando en un punto cualquiera porque sus significados se ensamblan circularmente.

También podría sostenerse que una historia —que se copertenece con el concepto de tiempo— es el relato acerca de cómo se llega desde un punto de partida alfa a un punto de cierre omega. Pero, como vimos, para que una historia sea verdaderamente tal debe tener relevancia, debe ser digna de memoria. Por eso, a mi modo de ver, *una historia es una historia cuando el punto alfa es un sentimiento y el punto omega es otro sentimiento*. Entiendo que lo que nos interesa de una historia, la intriga que la constituye, es justamente eso, ver cómo se las arregló alguien, en circunstancias que puedo homologar a las mías, para pasar de un sentimiento penoso a un sentimiento agradable. O también cómo fue que, partiendo del bienestar, llegó hasta un sentimiento tan penoso. Comedias y tragedias, dramas, sátiras, farsas y sainetes,... son distintos modos de contar cómo se llega a vivencias que nos deleitan o nos espantan.

Se puede argumentar que hay historias en las que no hay cambios. Pero a ninguna niña le gustaría una historia donde la princesa esté feliz todo el tiempo; tampoco le gustaría, por supuesto, una historia en que la princesa estuviese todo el tiempo sufriendo, sin atisbos de esperanza de que va a dejar de sufrir. Tal vez las historias en las que “nada cambia” y sin embargo siguen resultando de interés son aquellas en las que se quiere mostrar el tedio, la inutilidad de la esperanza, el vacío o el sinsentido. O sea, se trata de historias que —como en *Esperando a Godot* o *El coronel no tiene quién le escriba*— son contadas para mostrar la futilidad del mero esperar, historias donde se quiere contar lo penoso que es que no haya cambios.

Hay muchas historias en las que el interés radica en que desconocemos el final y queremos recorrerlas metidos en la intriga para saber a dónde nos lleva. Pero también hay historias en las que sabemos el final y sin embargo nos interesan tanto o más que aquellas otras en las que lo desconocemos. Una de las historias cuya lectura me ha atrapado es *Crónica de una muerte anunciada* (García Márquez, 1981). Sabemos el final desde el título mismo. Está contada en cinco capítulos. El protagonista muere en el último renglón de la obra, pero en el capítulo cuatro ¡ya conocimos todos los detalles de la autopsia! Queda claro entonces que el interés no radica en el final. Radica en que el sentido se vaya develando (hasta donde se devela o hasta donde uno es capaz de develarlo) en el ingenioso recorrido que traza el autor. Un relato poderoso donde al lector no le interesa tanto *qué* es lo que llegó a pasar —eso ya lo sabe—, sino que quiere, *necesita saber cómo* pasó, y, más recónditamente, necesita conocer el arcano *por qué*.

Tal vez la vida tenga interés porque la fuente que alimenta las historias es inagotable y siempre nos intriga la esperanza de que lo bello retorne con las variaciones que la complejidad de la vida le impone.

¿Por qué los afectos? ⁶

Partamos de las pulsiones, que, como sabemos, constituyen, para lo psíquico, una “exigencia de trabajo”. Algo pulsa, empuja, presiona, y entonces... “algo hay que hacer”: ¿sentir, pensar o hacer? Acordemos sobre el lugar que ocupan, en la teoría psicoanalítica, el sentimiento, el pensamiento y la acción.

En “Formulaciones sobre los dos principios...” —esa súper-síntesis en la que condensa sus conclusiones de veinte años de trabajo—, Freud (1911b) repasa las funciones que se debieron desarrollar para pasar del principio de placer al principio de realidad. En lo que ahora nos interesa, describe allí las posibles respuestas frente al aumento de estímulo:

La primera, la más inmadura, la evolutivamente más antigua, es *la descarga afectiva*, “hacia adentro”, que altera sólo el cuerpo propio sin modificar la realidad y, por lo tanto, no hace cesar la estimulación en la fuente pulsional. El estímulo continúa y la tensión se incrementa.

La segunda es la descarga “hacia afuera”, *la acción*, sólo posible cuando el aparato psíquico, ya un poco más maduro, logra elaborar una función nueva y operar sobre el mundo externo y modificarlo con arreglo a fines.⁷ La acción es, entonces, la que modifica las cosas de tal modo que el estímulo, sea externo o interno, deje de generar tensión.

La tercera posibilidad, intermedia, que puede contribuir incluso para que el afecto, ineficaz, llegue a mudarse en acción útil es *el pensamiento*. Los pensamientos son ensayos de acciones —acciones tentativas con desplazamiento de pequeñas cantidades de investidura— y equivalen a acciones no realizadas sino sólo pensadas, con la intención de poder elegir la acción más acorde a la meta antes de realizarla.

De acuerdo con este esquema, se comprende cuál es la función del pensamiento —preparar las acciones—. Se comprende también cuál es el papel vital de las acciones, cancelar la estimulación allí donde se genera el displacer, ya sea en la fuente pulsional o en el estímulo externo. Pero ¿cuál es el papel de los afectos, emociones o sentimientos? Según los criterios que venimos considerando y desde un punto de vista que responde estrictamente a la metapsicología de la pulsión, *el afecto, emoción o sentimiento es ineficaz*. ¿Quiere decir entonces que los afectos son inútiles y no constituyen ventaja biológica alguna?⁸

Esta hipótesis choca violentamente con nuestro vivir. Apreciamos nuestros pensamientos, queremos que nos respeten por nuestras ideas. Nos gusta valorar nuestras acciones y, en definitiva, somos valorados o condenados por nuestras conductas. Pero creo que mucho más valoramos nuestro sentir. Cabe entonces preguntarse por qué la Naturaleza conserva los afectos si son biológicamente ineficaces, pero mucho más cabe preguntarse *por qué nos importan tanto los afectos*.

⁶ Strachey (1962, pág. 66) señala que en numerosos pasajes de sus obras Freud parece emplear indistintamente los términos “afecto”, “emoción” y “sentimiento” y pone como principales ejemplos algunos fragmentos de “Lo Inconsciente” (págs. 174, 175) y la Conferencia 25 (pág. 360) de 1916. En este trabajo seguiré esa sinonimia, excepto, naturalmente, cuando trazo una diferencia acorde con algún criterio explícito.

⁷ La expresión “con arreglo a fines” (o, en otros párrafos, “acorde a fines”) tiene un significado trascendente en toda la obra de Freud. Constituye una categorización binaria determinante para clasificar los resultados de las acciones según éstas acuerden o no con los fines o metas pulsionales. Si una acción es acorde a fin es “buena”, es valorable, va a favor de la vida y cancela la excitación en la fuente pulsional. Si no es acorde a fines, es “mala” en el sentido de ineficaz, es decir, fallida.

⁸ Tal como señala Strachey (1966, pág. 349-50), Freud en *El proyecto...* recurre a dos explicaciones, las “mecánicas” y las “biológicas”. A mi entender, las explicaciones biológicas son, en realidad, explicaciones por el sentido, y en este caso, el sentido o la ventaja está dada por el valor de supervivencia para la especie.

La teoría psicoanalítica de los afectos ⁹

Realizaremos una apretada síntesis conceptual, no cronológica, de las principales ideas de Freud acerca de los afectos. Partamos de una cita:

“Ahora bien, ¿qué es, en sentido dinámico, un afecto? Para empezar, algo muy complejo. Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante” (Freud, 1916-17, pág. 360).

Es decir, los afectos, emociones o sentimientos tienen por definición una *doble faz*. Implican: 1) un cambio físico perceptible para los demás; y 2) otras dos cosas: el registro propioceptivo de esos cambios corporales y las sensaciones directas de placer o displacer que le dan una cualidad o tono dominante. En consecuencia: toda vez que hablemos de afecto, emoción o sentimiento debemos imaginar que existen al mismo tiempo los dos aspectos descritos, *un cambio físico perceptible* tanto por los demás como por uno mismo, y *una vivencia subjetiva*.¹⁰

Para Freud, lo que mantiene unido el núcleo de ensambladura constitutiva de los afectos es “la repetición de una determinada vivencia significativa (...) que ha de situarse en la prehistoria, no del individuo, sino de la especie” (Freud, 1916-17, pág. 360).

En el caso específico de la angustia, por ejemplo, “es el *acto del nacimiento*, en el que se produce ese agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales, [el] que se ha convertido en el modelo para los afectos de un peligro mortal y desde entonces es repetido por nosotros como estado de angustia” (Freud, 1916-17, pág. 361).

Como vemos, al procurar entender la esencia de los afectos, Freud termina dilucidando también el *origen* y establece, de un modo brillante y esclarecedor, el modelo o *pattern* que *conecta la histeria y el afecto*: ambos se constituyen de acuerdo con un mismo esquema.

El afecto —piensa Freud— se constituyó de la misma forma y por los mismos motivos que el síntoma histérico. La descarga vasomotriz y/o secretoria que altera el cuerpo en los afectos es el resto de una acción que, en otro contexto, había sido eficaz, pero que ahora se mantiene como reminiscencia de una vivencia significativa no del individuo, sino de la especie.

⁹ Freud no escribió un trabajo unitario sobre los afectos, pero en el conjunto de su obra hay suficientes pasajes en los que su teorización sobre el tema queda clara y explícita (v. gr.: Freud, 1895a, 1900a, 1915e, 1916-17 y 1926d).

¹⁰ Es oportuno aclarar aquí la diferencia entre afectos y sentimientos. Como afirma Strachey (nota 6), Freud habla indistintamente de afectos, emociones o sentimientos. Autores posteriores han refinado esta sinonimia rudimentaria. De una manera un tanto simple podría decirse que para muchos autores, especialmente en el ámbito de las neurociencias, cuanto más evidente es el cambio físico y más apasionado el sentir subjetivo, más nos acercamos al extremo “biológico” y estamos más cerca de lo que debemos llamar afecto. Por el contrario cuanto más sutil es la vivencia subjetiva y menos observable el cambio físico, más nos acercamos al extremo “psíquico” y más apropiado resulta el concepto de sentimiento.

Cuando los cambios físicos no están acompañados por la vivencia, no corresponde llamarlos afectos. En el caso de la angustia, Freud los denominó “equivalentes” de angustia —vértigo, palpitaciones, ahogos—, porque efectivamente la persona no se experimenta a sí misma como angustiada (id., pág. 365). Es decir que son síntomas y no angustia.

“Para que se me comprenda mejor: el estado afectivo tendría la misma construcción que un ataque histérico, y sería, como este, la decantación de una reminiscencia. Por tanto, el ataque histérico es comparable a un afecto individual neoforado, y el afecto normal, a la expresión de una histeria general que se ha hecho hereditaria” (Freud, 1916-17, pág. 360).

Este vínculo entre histeria y afecto ya había sido intuido por Freud en sus primeros trabajos sobre la histeria. En los jugosos párrafos en los que da referencias fragmentarias del caso Cäcilie, a partir de las verbalizaciones de la paciente, hace las siguientes reflexiones.

“¿Cómo habríamos dado en decir, respecto del afrentado, que ‘eso le clavó una espina en el corazón’, si la afrenta no fuese acompañada de hecho por una sensación precordial interpretable de ese modo, y se la reconociera en esta? (.....) Todas esas sensaciones e inervaciones pertenecen a la ‘expresión de las emociones’, que, como nos lo ha enseñado Darwin, consiste en operaciones en su origen provistas de sentido y acordes a un fin; por más que hoy se encuentren en la mayoría de los casos debilitadas a punto tal que su expresión lingüística nos parezca una transferencia figural, es harto probable que todo eso se entendiera antaño literalmente...” (Freud, 1895d, pág. 193).

Otras ideas de Freud acerca de los afectos que creo conveniente consignar son:

- Función o sentido de los afectos. “El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*; o comunicación}, y el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los *motivos morales*” (Freud, 1950a, ps. 362-3).
- Emociones inconscientes. Tratándose de un proceso de descarga vinculado a la serie displacer-placer, la emoción no necesita ligarse a representaciones palabra (preconscientes) para acceder a la conciencia. Estrictamente hablando, no se puede considerar entonces la posibilidad de afectos inconscientes. “... al afecto inconsciente le corresponde sólo una posibilidad de planteo {de amago} a la que no se le permite desplegarse”. Mientras no se descarga, el afecto es una potencialidad que no está en acto. “Dentro del sistema *Icc* muy bien puede haber *formaciones de afecto* que, al igual que otras, devengan conscientes” (1915e, pág. 174).
- El motivo de la represión. “La represión no [tiene] otro motivo ni propósito que evitar el displacer” (1915d, pág. 148) y, más propiamente, “la sofocación del desarrollo de afecto es la meta genuina de la represión” (1915e, pág. 174).
- Las emociones inconscientes y la terapia analítica. “En todos los casos en que la represión consigue inhibir el desarrollo de afecto, llamamos ‘inconscientes’ a los afectos que volvemos a poner en su sitio tras enderezar lo que el trabajo represivo había torcido” (1915e, pág. 174).
- Gobierno precario de la voluntad sobre los afectos. “Mientras el imperio de la *Cc* sobre la motilidad voluntaria es muy firme [...] su gobierno sobre el desarrollo de afecto es menos sólido” (1915e, pág. 175).
- Los afectos y el pensamiento. “El pensar tiene que tender [...] a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal” (Freud, 1900a, pág. 592).

El mensaje de los afectos

A pesar de la “ineficacia” o “inutilidad” de los afectos, el psicoanálisis, lejos de proponerse desestimarlos, tiene el objetivo opuesto. Ha mostrado la ventaja de reconocer y aceptar la importancia de los sentimientos, al punto que la aspiración de la terapia analítica, como vimos en Freud, es reconducir los sentimientos a sus motivos originales deshaciendo las formaciones sustitutivas inadecuadas con las que se procura evitar afectos penosos.

Para entender el sentido de los sentimientos volvamos al *Proyecto...* Aunque la descarga afectiva sólo altera el cuerpo propio, en el caso del bebé sirve, secundariamente, de señal comunicativa para que la madre advierta su estado de carencia y lo auxilie. Esta utilidad secundaria de la descarga afectiva se produce porque el desvalimiento del bebé hace necesario que la madre asuma temporariamente muchas de las funciones del yo. Poco a poco *el yo del niño debe ir asumiendo como propias* esas funciones a través de la identificación.

Parece posible sustentar entonces la siguiente hipótesis: *si el afecto cumple la importante función de comunicación, puede pensarse que en la vida adulta el primer destinatario del mensaje de los afectos es el propio yo, ya que ahora es el yo, y no el objeto auxiliar externo, quien, en primera instancia, debe ejecutar la acción eficaz.*

En muchos aspectos, los afectos fueron estudiados psicoanalíticamente sobre la base del modelo del afecto angustia, pero esta faceta del afecto —el afecto como señal para el yo— no había sido suficientemente subrayada. Sin embargo, la idea de que todos los afectos deberían llegar a funcionar como señal había sido expuesta por Freud desde los comienzos. “El pensar tiene que tender [...] a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal” (Freud, 1900a, pág. 592).

De acuerdo con estas consideraciones, deberíamos pensar que todo afecto, mientras su monto de descarga se realice en niveles “fisiológicos”, significaría *una señal, una comunicación, un mensaje para el yo*. Esta descarga afectiva actual, aunque no plena, sino reducida a señal, sería un reclamo, un estímulo, una incitación para el yo a fin de que emprenda una acción que aún no ha comenzado, o para que mejore su rendimiento, si la acción ya está en trámite pero su resultado todavía es insuficiente.

Esta función de las emociones es posible porque puede considerarse que *los afectos y las acciones constituyen una serie complementaria* (Chiozza, 1976c). Aclaremos esta idea: la descarga de una tensión pulsional no exige, como opciones excluyentes, sentir o hacer. *Habitualmente se hace y se siente a la vez*, o sea, una parte se descarga como acción, y el resto, como afecto. Una hipotética descarga plenamente eficaz no deja remanente que pueda descargarse como afecto. Inversamente, la imposibilidad de realizar una acción, obliga a la descarga afectiva plena sobre el cuerpo propio. Si nos figuramos la excitación fluyendo por un lecho que se divide en dos (acción y afecto) podríamos recurrir a la metáfora que imaginó Freud (1910a, pág. 15) en un contexto algo diferente: “cuando un cauce se divide en dos canales, se producirá la congestión de uno tan pronto como la corriente tropiece con un obstáculo en el otro”.

O sea, los afectos encuentran su lugar y su sentido en el acontecer anímico, en la medida en que es posible utilizarlos como señal. Pero ¿qué relevancia tiene ese lugar para que los afectos nos importen tanto?

Si consideramos la doble faz de los afectos:¹¹

- El afecto en tanto descarga *posee la condición de la actualidad*, es algo que sucede “ahora” (Chiozza (1998m)).¹²
- *La particular vivencia subjetiva* de las descargas le da a los afectos la tonalidad inherente, propia de cada uno de ellos. Así podemos distinguir la angustia del enojo, la alegría de la pena...

En suma: los afectos, emociones o sentimientos, en cuanto descarga actual, señalan una *urgencia*, una demanda —¿necesidad, deseo, estímulo externo?— que importa *ahora* y por su particular vivencia subjetiva indican *el punto* en el que radica la urgencia, es decir, *qué es precisamente* lo que ahora importa.

Tal vez nunca se subraye lo suficiente la trascendencia de esta conclusión. Frente a la enorme cantidad de estímulos externos que se nos presentan a la percepción, frente a constantes y variadas exigencias pulsionales, frente a la trama de deseos conscientes y sobre todo inconscientes, los afectos constituyen *una guía imprescindible para focalizarnos en lo que realmente importa en cada momento*.

Ahora bien, si consideramos que la sofocación del desarrollo de afecto es el motivo y la meta genuina de la represión —y de las defensas todas—, esta función de los afectos de indicarnos qué es lo que tiene *importancia ahora* conlleva corolarios vitales. Digamos muy sintéticamente:

La fortaleza o madurez del yo, que nos permite tolerar sentimientos dolorosos, hace que *no nos equivoquemos con respecto a lo que sentimos y a que recibamos, desde la intimidad de nuestro sentir, señales que nos orientan en relación con las acciones más acordes al fin*.

La endebles del yo, que nos obliga a implementar distintas defensas, hace que *desplacemos las urgencias, nos descentremos de lo que debe importarnos ahora y nos construyamos urgencias substitutivas, ficticias*, que descaminan nuestro pensar y nuestro obrar.

¹¹ Es oportuno consignar cómo ve esta doble faz Mark Solms (1995), psicoanalista y neurocientífico, uno de los fundadores de *The International Society for Neuro-Psychoanalysis*. Solms sostiene: “Las manifestaciones psíquicas y las manifestaciones somáticas del afecto son simplemente *dos maneras de representar una misma cosa latente*. El acontecimiento interno incognoscible que llamamos ‘afecto’ se registra en ambas superficies de la percepción simultáneamente: es percibido como una *emoción* en la superficie *interna* de la conciencia y como un *estado somático* en la superficie *externa* de la conciencia. Este simple hecho explica *por qué el afecto es esencialmente un estado subjetivo y TAMBIÉN algo que está indisolublemente conectado con el cuerpo*”.

¹² Chiozza (1998m) sostiene que así como, según Freud, un objeto del mundo *se percibe* —sin confundirlo con una alucinación— gracias a los *signos de cualidad perceptiva*, se puede decir que el afecto *se siente* como descarga gracias a los *signos de actualidad*. Por los signos de cualidad perceptiva, distinguimos una presencia, algo que está “aquí”. Por los signos de actualidad calificamos una sensación como actual, sabemos que es algo que sentimos “ahora”.

Epílogo: La terapia analítica y los afectos. Historias de conflictos y carencias

Volvamos a la identidad narrativa y al hombre como historia. Se dice que cada vida es un mundo. Y cada vez que nos adentramos en la intimidad de un semejante descubrimos singularidades que hacen de cada vida una historia única.

Tenemos un puñado de afectos y millones de historias. Tal vez los afectos equivalgan a las notas musicales, que son unas pocas pero que combinadas, moduladas con silencios y variaciones, permiten componer infinitas melodías. Así, hay millones de historias que nos diferencian, que nos asemejan...

Podemos agrupar las historias de mil modos. Hoy la clínica psicoanalítica nos ha llevado a diferenciar dos grandes grupos de pacientes. Están *aquellos en que prevalece el conflicto*. Aquellos en los que, aunque llegan a constituir una identidad, las trabas y las dificultades pasan por la imposibilidad de amalgamar, de una manera coherente y viable, sentimientos contradictorios, conflictivos, incompatibles. Nos encontramos allí, entonces, con historias a las que casi siempre les podemos poner el nombre de uno —a veces de los dos— sentimientos que las caracterizan: historias de traición o historias de amor imposible; historias de rencor cultivado con dedicación... por miedo de que sea amor, historias de seducción impiadosa, historias de piedad seductora; o historias de ternura trunca, coartada, historias de altruismo incomprendido, historias de idealismos apasionados... Cuando podemos intervenir en esas historias, nos toca acompañar al paciente por un largo camino de descubrimiento para ir encontrando encrucijadas donde siempre se vuelve torcer hacia repeticiones tediosas, circulares, recursivas; bifurcaciones donde una y otra vez se cae en la huella de antiguos sufrimientos. En todos estos casos Freud nos invita a “enderezar lo que el trabajo represivo había torcido”, y volver “a poner en su sitio” los afectos penosos que se pretendía ocultar (Freud, 1915e, p. 174). En la medida en que podemos contribuir a ampliar la *consciencia emocional*, se puede ampliar el sentido, tolerar y conciliar contradicciones de sentimientos, descubrir significaciones rechazadas, encontrar nuevas maneras de ver “la misma” historia con aperturas inesperadas.

Pero están *aquellos pacientes en los que predomina el déficit, la carencia*. En este caso “la historia” es muy diferente —si es que se le puede llamar historia— y el papel de la terapia parece ser totalmente distinto. Son esas historias para las cuales no hay palabras, historias de desamparo, de vacíos, de oquedades, de espacios blancos, de traumas arrasadores; historias que nunca llegaron a historizarse, cuentos que nunca llegaron a contarse, relatos nunca referidos, narraciones de la no narración. Se ha dicho que en estos casos debe ponerse significación allí donde no la había; se ha dicho que aquí no sirve la *vía di levare*, que el analista “creativamente” debe construir, rellenar, “dar sentido a lo sin sentido”.

Creo que es más conveniente pensarlo y decirlo de otra manera. Porque paradójicamente, *la carencia no carece de significados*. Aunque el paciente carezca de palabras, de representaciones, de verbalizaciones para contar su historia; aunque carezca de un preconsciente suficientemente rico para representar, “mentalizar”, poner palabras a los sucesos que lo dejaron psíquicamente devastado, arrasado, hueco, aun así trae una historia particular, propia, personal, inserta, inscripta, tal vez no en su “mente”, pero sí en algún lugar de su ser. Se diría que el trauma y la carencia se han “encarnado”, se han hecho cuerpo, o se han hecho acto, o se han hecho “grito” bajo las formas más variadas. Pero no podemos llenar su vacío con cualquier historia, por creativa y estética que sea; es un hueco que sólo admite ser llenado, fragmento a fragmento, con las singularidades de la historia vivida. *Debajo de las lápidas de sufrimientos sin nombre, mudas, latentes, yacen historias que esperan ser contadas.*-

-----oo0oo-----

Notas bibliográficas fragmentarias sobre el papel de los afectos según las neurociencias

Durante mucho tiempo los afectos han sido la cenicienta en el interés de las neurociencias. Hoy en día hay, sin embargo, una serie de autores que se ocuparon de restituirles el lugar que les corresponde. Puntualicemos, cronológicamente, algunos hitos, con la intención de ir completando, poco a poco, los huecos faltantes. Los autores que mencionaré se cuentan entre los más prestigiosos dentro de sus respectivas disciplinas.

En **1986**, Marvin Minsky (1986), desde el estudio de la **inteligencia artificial**, se pregunta con ingenio: “La cuestión no es si las máquinas inteligentes podrán tener emociones, sino si podrán ser inteligentes sin tenerlas” ya que para él, la carencia de emociones, la carencia de interés, conduciría a que nuestra actividad mental sea un vagabundeo sin propósito (p. 168).

A. Damasio y J. LeDoux escribieron sendos libros —*El error de Descartes* y *El cerebro emocional*— dedicados totalmente a señalar el papel y la importancia de los afectos.

Damasio (**1994**), es uno de los que más se ocupa de los afectos y de su papel en la vida anímica y es muy reconocido por eso. Para él, **la función de los sentimientos** puede resumirse en estas palabras: “En su versión afirmativa, los sentimientos nos encaminan en la dirección adecuada, nos llevan a un lugar apropiado, en un espacio decisorio en que podemos poner en acción convenientemente, los instrumentos de la lógica. (...) Emociones y sentimientos (...) nos asisten en la amedrentadora tarea de predecir un futuro incierto y planear consecuentemente nuestros actos” (p. 12-3).

Según LeDoux (**1996**), “Las emociones, cuando aparecen se convierten en importantes motivadores de conductas futuras, y no sólo influyen en las reacciones inmediatas, sino también en las proyecciones futuras” (p. 22).

En **1998** Jaak Panksepp publica el libro *Affective neuroscience: the foundations of human and animal emotions*, reeditado varias veces pero no traducido al castellano aún. Entre las cosas que cabe mencionar, una es la propuesta de una **neurociencia afectiva** y otra es la interesante clasificación de las emociones en cuatro grandes grupos.

En **1999**, (AA.VV, 1999) la Revista: *Neuro-Psychoanalysis: An Interdisciplinary Journal for Psychoanalysis and the Neurosciences*, publica un conceptuoso debate que procura buscar conciliaciones entre psicoanálisis y neurociencias. **Lo interesante es que en él se utiliza como tema de discusión la teoría psicoanalítica de los afectos.** Mark Solms y Edward Nersessian son los autores de una introducción titulada: “Teoría freudiana del afecto: Preguntas para la neurociencia” donde realizan una síntesis didáctica. A continuación Jaak Panksepp presenta su artículo “Las emociones vistas por el psicoanálisis y la neurociencia: un ejercicio de conciliación”. Luego, psicoanalistas y neurocientíficos de la talla de André Green, Antonio Damasio, Clifford Yorke, Joseph LeDoux, Allan N. Schore, Howard Shevrin, discuten con los presentadores y reciben las correspondientes respuestas. En relación con el aspecto específico de mi interés —la función de los afectos—, cabe señalar que Panksepp se solidariza con Damasio al afirmar que **los humanos parecen perder el sentido común si los sistemas emocionales resultan dañados.** (En los N^{os} 7 y 8 de la revista *Aperturas Psicoanalíticas*, Mariano de Iceta (2001a y 2001b) aporta resúmenes, reseñas y comentarios muy claros y completos sobre todo el debate.)

Para Maturana (Maturana y Porksen, 2004) —que proviene de una particular **escuela cognitiva** y aporta la interrelación de los conceptos de estructura, organización y proceso—, las emociones están en la base de las acciones y las determinan.

Otros autores, difundidos en la bibliografía en castellano de los últimos años, no le prestan la misma atención a las emociones.

Para Llinás (**2001**), los afectos son patrones fijos promotores. Constituyen “simples respuestas estereotipadas comunes a todos los seres humanos”. En relación a su función sólo apunta que “contextualizan el comportamiento motor” (p. 185).

Ansermet y Magistretti (**2004**), si bien tienen el mérito de promover el encuentro entre psicoanálisis y neurociencias con especial hincapié en subrayar la singularidad de cada sujeto, tal vez por su origen francés, no destacan el papel de los afectos en la vida anímica.

Eric Kandel (**2006**), más interesado en la memoria y la individualidad, no se ocupa de las emociones. Da la impresión de que dejara ese tema para Damasio con quien, por otra parte, concuerda explícitamente.

Bibliografía

- AA.VV.** (1999) Debate sobre psicoanálisis y neurociencias, págs. 5 a 96, Revista *Neuro-Psychoanalysis: An Interdisciplinary Journal for Psychoanalysis and the Neurosciences*. Volume 1, No. 1, 1999. International University Press.
- Acevedo de Mendilaharsu, Sélíka** (1999) "Futuro del Psicoanálisis". Corresponde a la edición en papel N° 180. Edición de internet n° 31 Montevideo, mayo/99
http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=108
- Arsemet, François y Magistretti, Pierre** (2004) *A cada cual su cerebro*, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.
- Bateson, Gregory** (1979) *Espíritu y naturaleza*, Amorrortu Editores, Bs. As., s/f.
- Bateson, Gregory y Bateson, Mary Catherine** (1987) *El temor de los ángeles*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1989.
- Borges, Jorge Luis** (1952) "Nueva refutación del tiempo", *Otras inquisiciones*, O.C., vol. II, p. 149.
- Camauër, Solange** (2004) *Amores velados*, Alfaguara, Bs. As..
- Camauër, Solange** (2005) *El hijo*, Alfaguara, Bs. As..
- Casarotti, Eduardo** (1999) "Paul Ricoeur y la constitución narrativa de la identidad personal", *Prisma* 12, 118-131. http://www.chasque.net/frontpage/relacion/9905/filosofos_de_hoy.htm
- Chiozza, Luis** (1976c [1974]) "La transformación del afecto en lenguaje", en *Cuerpo afecto y lenguaje*, Alianza Editorial, Bs. As., 1998.
- Chiozza, Luis** (1998m) "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo afecto y lenguaje*, Alianza Editorial, Bs. As., 1998, págs. 359-371.
- de Iceta, Mariano** (2001a) Reseña: "Un intento de aproximación entre la neurociencia y el psicoanálisis a propósito de la emoción: primer número de la revista *Neuro-Psychoanalysis* (I)", en *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de psicoanálisis*, N° 7.
- de Iceta, Mariano** (2001b) Reseña: "Un intento de aproximación entre la neurociencia y el psicoanálisis a propósito de la emoción (II). Conclusiones", en *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de psicoanálisis*, N° 8.
- Freud, Sigmund** (1894a) "Las neuropsicosis de defensa", en *O.C.*, Tomo III, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1895d) *Estudios sobre la histeria*, (en colaboración con J. Breuer), en *O. C.*, Amorrortu Editores, Bs. As., 1985. T. II, 1976
- Freud, Sigmund** (1900a) *La interpretación de los sueños*, en *O.C.*, Tomo V, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1910a) *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis*, en *O.C.*, Tomo XI, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1911b) "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", en *O.C.*, Tomo XII, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1912-13) *Tótem y Tabú* en *O.C.*, Tomo XII, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1915d) "La represión" en *O.C.*, T. XIV, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1915e), "Lo inconciente", en *O.C.*, T. XIV, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1916-17 [15-17]), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *O. C.*, T. XV- XVI. *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1923b) *El yo y el ello*, en *O.C.*, Tomo XIX, *Ibídem*.
- Freud, Sigmund** (1926d [1925]) *Inhibición, síntoma y angustia*, en *O. C.*, T. XX, *Ibídem*.

Freud, Sigmund (1950a [1895]) *Proyecto de una psicología para neurólogos*, en *Los orígenes del Psicoanálisis*, en O.C., Tomo I, Ibídem.

García Márquez, Gabriel (1981) *Crónica de una muerte anunciada*, Editorial Sudamericana, Bs. As., 1989.

Gómez de Silva, Guido (1988) *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Kandel, Eric (2006) *En busca de la memoria. El nacimiento de una nueva ciencia de la mente*, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.

Klein, George S. (1970) "¿Dos teorías o una? Perspectivas para el cambio en la teoría psicoanalítica", en *Revista de Psicoanálisis*, APA, Tomo XXVII, Nº 3, Bs. As.

Leibovich de Duarte, Adela S. (1996) "La noción de narrativa en el psicoanálisis actual", *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; 88: 177-184, 1998.

Leibovich de Duarte, Adela S. (1999) "Restos y rastros del pasado. Historia y narrativa en psicoanálisis", en *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis* Nº 2, p. 91,93 y 94, Bs. As.

León de Bernardi, Beatriz (2005) *Narrativa y psicoanálisis: alcances y límites de la palabra*, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Nº 100, págs. 170-202. 2005

Llinás, Rodolfo (2001) *El cerebro y el mito del yo. El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos*, Bogotá, Editorial Norma, 2003.

Maturana, Humberto y Porsken, Bernhard (2004) *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer*, Comunicaciones Noreste Ltda., Santiago de Chile. 2007.

Melillo, Aldo (2000) "Psicoanálisis y Autopoiesis", presentado en SAP, junio 2009.

Nájera, Elena (2006) "La Hermenéutica del sí de Paul Ricoeur", en *Entre Descartes Y Nietzsche*, Universidad de Alicante Orbis Tertius, 2007, XII (13).

http://www.uv.es/sfpv/quadern_textos/v36p73-83.pdf

Néspolo, Jimena (2007) *El problema de la identidad narrativa en la filosofía de Paul Ricoeur*, Universidad de Bs. As..

<http://163.10.30.238:8080/OrbisTertius/numeros/numero-13/07.%20Nespolo.pdf>

RAE (2001) buscon.rae.es/drael/

Ricoeur, Paul (1965) *Freud: una interpretación de la cultura*, Editorial México, 1973.

Ricoeur, Paul (1996) *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI.

Rodríguez Gonzalez, Mariano (2000) "Narración y conocimiento: el caso del psicoanálisis hermenéutico", en *Revista de filosofía*, 3ª época, vol. XIII (2000), p.139-167. Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense. Madrid.

<http://revistas.ucm.es/fsl/00348244/articulos/RESF0000220139A.PDF>

Solms, Mark (1995) "What is affect?", Fifth IPA Conference on Psychoanalytic Research, UCL, March 1995.

Spence, D. (1982), *Narrative Truth and Historical Truth*, Norton, New York.

Strachey, James (1962) "Ordenamiento, comentarios y notas de la Edición Inglesa", en el Apéndice a "Las neuropsicosis de defensa" (1894a), en *Freud O.C.*, Tomo III, (págs. 62-66), Ibídem.

Strachey, James (1962) "Ordenamiento, comentarios y notas de la Edición Inglesa", en *Proyecto de psicología para neurólogos*, en *Freud, O.C.*, tomo I. Ibídem.